DOS ORIENTACIONES CULTURALES DISTINTAS EN EL HEMISFERIO OCCIDENTAL

Edmund Stephen Urbanski

El Prof. Edmund S. Urbanski es Catedrático de Literatura y Civilización Hispanoamericanas en la Howard University, Washington D. C. Autor entre otras obras de *Angloamérica e Hispanoamérica, análisis de dos civilizaciones*, Madrid, 1965; y de *Studies in Spanish American Literature and Civilization*, 1954.

Las notables diferencias en los conceptos culturales y sociopolíticos existentes en el hemisferio occidental se hicieron patentes casi desde el principio del descubrimiento de América por España (1492), Inglaterra (1497) y Portugal (1500), y estas diferencias se fueron acentuando durante el mismo proceso colonizador. Ya había de por sí, la laguna de todo un siglo entre las colonizaciones de Angloamérica y de Hispanoamérica, a favor de esta última, lo cual explica el hecho de que allí se estableciera mucho antes, una estructura social polifacética y al mismo tiempo la consiguiente variedad de manifestaciones culturales. Sin embargo, este fenómeno fue equilibrado por un acelerado proceso de integración socio-económica el cual permitió que Angloamérica se recuperara de la falta de preocupación por el desarrollo cultural en la colonia, durante el período contemporáneo.

La Filosofía de la Historia explica el desarrollo de la cultura, apoyándose fuertemente en el legado cultural de un grupo étnico y en su medio ambiente, mientras que un sector de la Antropología moderna sostiene que la cultura no se hereda sino que se adquiere; de esta forma otorga todo el mérito a los individuos, los cuales logran ejecutorias culturales sin tener que agradecerse a su pasado histórico. Mientras la primera teoría se apoya mayormente en la tradición, en la transmisión de los valores culturales de una generación a otra, la segunda se apoya en la movilidad mental y en el dinamismo individual o colectivo.

Parece obvio que en ambos casos entran en juego factores ecológicos y otros de índole varia, que favorecen u obstaculizan el establecimiento de formas superiores de vida civilizada. Estas consideraciones deben ser tenidas en cuenta, asimismo, sobre todo en el caso del trasplante de dos ramas distintas de la civilización europea en surcos de Hemisferio Occidental. Nuevas direcciones culturales distintas resurgieron de estas versiones, las cuales, aunque reteniendo en varios aspectos las raíces del Viejo Mundo, han formado, en otros, manifestaciones de nuestra forma de actuar y pensar, que son totalmente distintas de las de su origen.

América fue descubierta durante el Renacimiento, pero su sector hispano-lusitano fue colonizado durante la lucha ideológica-religiosa sostenida en Europa entre el dogmatismo católico y el racionalismo protestante. Esta lucha acarrió la temprana decadencia del Renacimiento en la península Ibérica. Y así el renacimiento cedió el paso a una

literatura y a un arte nacionales en el tema, que imitaba "el itálico modo" en la técnica poética, apoyada en lo clásico e influenciada por lo árabe en la prosa, genuinamente española en la fantasía y frecuentemente religiosa en la inspiración. Así fue el Siglo de Oro español, plétorico de esplendor imperial, pero profundamente impregnado de fondo teológico, ortodoxo y metafísico.

Por otra parte, la consumación de los aspectos humanísticos de la Reforma, de manifiesta pujanza en Inglaterra antes de su avenura en América, dieron como resultado el florecimiento del pensamiento liberal, manifestado en gran variedad de obras literarias renacentistas, en las cuales los valores morales se ayuntan con los filosóficos, los teólogos y la especulación científica. La imitación de los modelos italianos, deformados en su armonía por el genio creador, produjo naturalmente un número considerable de obras carentes de sugerencia y de inspiración, pero fueron éstas las que de rechazo dieron lugar a la reacción metafísica y sus repercusiones positivas en el siglo XX. Debido al hecho de que la Iglesia de Inglaterra no fue totalmente abatida por el conflicto que azotaba al continente, sino apenas afectada por una yuxtaposición de teología y bienestar social de raíz puritana, la imaginación especulativa británica pudo aprovechar a sus anchas una libertad de investigación sin trabas, lo cual condujo eficazmente a las revoluciones científica e industrial.

Esta divergencia ideológica sobre y frente a la vida, marcó su huella indeleble en la acuñación del perfil espiritual de ambas culturas, dejando sus repercusiones en América. Parece ser que las raíces del conservatismo hispánico hay que buscarlas en la contemplación y en la emotividad, tan típicas de todo grupo étnico-cultural "latino". Mientras que las bases del radicalismo anglo-sajón pueden encontrarse en esa empírica revisión de valores, que promete el éxito material aunque no la gloria intelectual, concepto de la religión dentro del puritanismo extendido a la esfera económico-social; así como en el concepto del liberalismo intelectual sin restricciones. Estos dos conceptos socio-culturales encuentran su ejemplo y su contraste en las obras maestras del Renacimiento italiano y en las obras pictóricas inspiradas en la Reforma Alemana. Algunos maestros italianos como Rafael, Leonardo da Vinci y Botticelli se distinguieron por su inspiración gozosa, fantasía y facilidad, así como por una ausencia de preocupación mundana. Algunas obras alemanas de Dürero, Cranach, o Holbein el Viejo rebosan una visión grave, rigidez mental, y un propósito sectario en lugar de universal.

Ambas escuelas o grupos de pinturas representan ciertos rasgos de carácter que parecen ser típicos de estas dos ramas de la civilización occidental. Las obras maestras del Renacimiento italiano representan el esteticismo, la espiritualidad y la tendencia didáctica heredada del mundo clásico greco-romano, y muestran poca o ninguna preocupación por el bienestar material. La pintura alemana ya impregnada de espíritu reformista y puritano, parece hacer hincapié en la recia personalidad y en el trabajo arduo más que en los valores estéticos, pero no deja de impresionarnos con una satisfacción placentera debida a ejecutorias logradas. Si estamos de acuerdo en esta comparación general, entonces nos será dado ver con toda claridad las diferencias en su visión sobre la vida y rasgos espirituales, entre las culturas latino-mediterránea y sajona que fueron trasplantadas al Nuevo Mundo.

Examinemos ciertos hechos históricos y sociales que nos explicarán esta divergencia ideológica, que es parte de nuestra complejidad idiosincrásica continental. Hablando en términos generales, los conquistadores y muchos colonizadores, fueran de España, Portugal, Inglaterra, Francia u Holanda, eran aventureros y no intelectuales; la mayoría de ellos estaban inflamados de un celo económico más que de un celo espiritual, o en algunos casos una combinación de ambos. Eran soldados de fortuna, artesanos, agricultores y mercaderes con un barniz de administradores, profesionales o clérigos. Eran gentes sencillas con motivaciones sencillas. No hay que olvidar, sin embargo, que eran hombres de acción. Algunos de ellos hasta poseían gran visión y casi la mayoría poseía voluntad tenaz e intrépida para subyugar a esas tierras vírgenes

y sus indígenas. En cuanto a sus intenciones de permanecer en estas vastedades existía una gran división sobre este punto entre estos dos grupos étnicos.

Muchos colonizadores españoles y portugueses vinieron a América primordialmente con ansia de riquezas. Por lo tanto no tenían intención de echar raíces en las tierras recién descubiertas. Sin embargo muchos de los misioneros enviados por España fueron los verdaderos paladines de la cristianización de los indoamericanos y los que sembraron y extendieron la civilización occidental. Por otro lado, los emigrantes ingleses y sajones llegaron a quí a comenzar una vida nueva, huyendo de la persecución religiosa y de la miseria económica padecidas en su propia patria. Querían apartarse de todo esto y su celo, no cabe duda, era económico más que cultural.

Estas miras y motivaciones fueron las que indujeron a los colonizadores a embarcarse en empresas definidas y de gran envergadura y a formar la estabilidad mental que era menester para poder adaptarse a las nuevas circunstancias. Los oriundos de la Península Ibérica, teniendo en cuenta que su permanencia en el Nuevo Mundo iba a ser transitoria, no planearon el solucionar problemas que no fueran los presentes, ni mostraron gran pertinencia en sus tareas; por lo menos así ocurrió al comienzo. Más tarde cambiaron de conducta considerablemente. Sin embargo, los hijos de los conquistadores españoles y sus descendientes tenían la convicción de que su destino era el ocio honroso y no el trabajo o esfuerzo físico. Esta clase de ocio aristocrático contribuyó, sin embargo, a que desde un principio se construyeran establecimientos de educación y enseñanza, se impulsara el desarrollo de las artes y las letras, el florecimiento de la ornamentada arquitectura de inspiración barroca, cuyos testigos son los numerosísimos monumentos por toda Hispanoamérica que se elevan como recuerdos majestuosos de la era colonial. Esto se logró gracias a que los criollos se aprovecharon del trabajo de los subyugados indios, los cuales de esta forma se convirtieron prácticamente en esclavos, contravieniéndose las leyes de la Corona, que consideraba a los nativos como individuos libres.

El choque que tuvo lugar entre los colonizadores anglosajones y los "pieles rojas" de Norteamérica ocasionó unos resultados totalmente opuestos. Debido a que los temerarios y hostiles nativos estaban constantemente en grito de guerra contra los blancos, y debido a que la supervivencia de una u otra raza estaba en juego, el resultado fue una aniquilación progresiva de los nativos. Los colonos ingleses, reforzados por grupos migratorios procedentes de otros países europeos, labraron la tierra con su propio esfuerzo, puesto que su ley era trabajar con ahinco, lo cual formaba parte de su código ético puritano. Por consiguiente, los colonizadores anglosajones gastaron sus energías mayormente, siguiendo los preceptos de la moral protestante, con su austeridad moral junto con el deseo de establecer una nueva Commonwealth cristiana en el Nuevo Mundo, lo cual viene a ser la combinación de una inquebrantable creencia religiosa con el prurito económico. Tenemos un ejemplo de esta austeridad moral en la arquitectura colonial de Nueva Inglaterra y Virginia, que ostenta funcionalismo y sencillez en lugar de belleza ornamental. Esa actitud inicial de hacer todo y arreglárselas por uno mismo, cambió un tanto con la "inmigración" a la fuerza de esclavos negros, los cuales fueron empleados en su mayoría para desarrollar las grandes plantaciones del Sur. Pero no fueron un recurso principal en el fomento económico de otras partes de Angloamérica.

Así, pues, desde el mismo comienzo de la epopeya del Nuevo Mundo, se habían erguido dos posiciones frente a la vida diametralmente opuestas. La hispano-americana ha estado en favor del patrocinio económico basado en la explotación del indio, la fusión racial entre la mayoría de los españoles y los aborígenes, y el disfrute de la vida por parte de las clases más altas, combinándolo con el patrocinio e impulso a las diversas actividades culturales y artísticas. Mientras que la tendencia angloamericana, como estaba libre de proselitismo religioso hacia los indios, dio todo su apoyo al esfuerzo individual y a las prerrogativas, en igual forma que a la empresa colectiva. Al estar centrada en la pujanza de las condiciones socio-económicas, poco podía aspirar

a empeños culturales, aunque nunca descuidara las miras y actividades religiosas y educativas donde quiera que se prestara a ello condiciones favorables.

Analizando el desarrollo general de ambas colonias hay que fijarse en dos hechos muy significativos que habían repercutido en moldear su posterior actitud social. Así, las manifestaciones culturales del Renacimiento y del Siglo de Oro que los españoles llevaron al Nuevo Mundo, no fueron una "importación" masiva, sino que la minoría peninsular y criolla. Como fenómeno minoritario jamás prendió en las masas, que en su mayoría seguían incultas. Por otra parte, la conciencia social y los nuevos preceptos morales procedentes de la Reforma, que la inmigración inglesa había llevado a Norteamérica, tenían sello de bastante popularidad. Por eso, se habían difundido más extensamente, estableciendo base para una postura colectiva, la cual facilitó más tarde el surgimiento de la ideología democrática. Tal hecho había puesto las colonias inglesas en posición más aventajada, aun cuando los colonos anglosajones carecieran de frailes y letrados, de cuya labor se habían beneficiado unos sectores de la población en las colonias españolas.

Debido a la diferencia de ingredientes en su motivación y a las ásperas realidades coloniales de cada grupo étnico, tuvieron por fuerza que surgir dos tipos de individualismo diferentes. El individualismo hispanoamericano es una mezcla de orgullo racial español y espíritu de conquista. Actúa en un marco de masculinidad física y superioridad espiritual sobre otros. Mientras que en cambio el individualismo angloamericano está basado principalmente en determinación, satisfacción adquirida a pulso y la prosperidad colectiva dentro de la cual el bienestar material va seguido, a menudo, de logros intelectuales. Hay además características diferenciales en cuanto al problema racial de las dos Américas.

Como es sabido, los colonizadores españoles, a pesar de haber sojuzgado a los indios, se fusionaron con ellos porque a la mayoría no les fue permitido traer mujeres. Esta fusión dio como resultado una sociedad mestiza, que integra la mayoría étnica de Latinoamérica. Por esta razón, y obviando la marcada diferencia de clases entre los varios estratos de la población, verbigracia: los criollos, mestizos, mulatos, indios, zambos y negros, el problema racial en Hispanoamérica jamás ha sido tan agudo como en Angloamérica. En ésta, la actitud negativa hacia los belicosos indios fue motivada por temor más que por la posible adaptación a una ideología religioso-cultural totalmente nueva, que dicho sea de paso, los colonizadores blancos no tenía ninguna intención de imponer a los "pieles rojas". Estas circunstancias dieron al traste tanto con cualquier mezcla racial, como con cualquier comunión cultural entre los dos grupos. Esta actitud ha ido mejorándose hacia el decreciente número de indios, con quienes el prejuicio racial ha ido aminorándose, que es lo contrario de lo que ha pasado con los negros. Estos, debido a su humilde condición, no fueron objeto de fusión racial aunque la presencia de mulatos confirma que hubo alguna forma de simbiosis étnica en los Estados Unidos en tiempos pasados.

Algunos historiógrafos atribuyen esta heterogeneidad interracial en el Nuevo Mundo, a factores religiosos, los cuales influyeron en sus orientaciones espirituales. Citemos a Jiménez Moreno, quien asevera que los protestantes anglosajones eran lectores asiduos del Viejo Testamento y por consiguiente fueron imbuidos de la esencia del espíritu hebraico sobre la exclusividad racial. De aquí, que no se quisieran mezclar con otras razas. El conocimiento de la Biblia de los españoles y portugueses católicos quedaba circunscrita al Nuevo Testamento, que es mucho más tolerante en este aspecto. De aquí que no sintieran repulsa hacia la fusión racial. Sin embargo otros historiadores piensan que la actitud colonial hispana no tiene nada que ver con consideraciones de índole religiosa, sino con cuestiones étnicas y no es más que una prueba de la adaptabilidad de los peninsulares iberos a las mareas ecológico-humanas. Aunque se podría sugerir que esa renuencia a mezclarse con individuos de las razas de color se deriva del instinto de conservación socio-cultural, puesto que otros tipos de mezclas occiden-

tales otorgaron a Angloamérica el codiciado título del "crisol étnico", que absorbe gradualmente otros tipos raciales.

No obstante, a pesar del problema racial negro no resuelto, Angloamérica logró un alto grado de homogeneidad étnica, lo cual le aseguró una estructura social bastante uniforme y una distribución de riqueza más nivelada que la de Hispanoamérica, la cual con su heterogeneidad étnica no logró alcanzar la integración socioeconómica. Puesto que la estructura social está íntimamente relacionada con el desarrollo cultural, es fácil señalar la identificación cultural angloamericana en un sentido colectivo, que se hace patente en su sistema de educación de masas, desde sus instituciones docentes elementales hasta las superiores, como también en su variedad de actividades científicas y culturales, bien a escala popular o más limitada.

En cambio, en Hispanoamérica, debido a la enorme diferencia cualitativa en la enseñanza elemental entre unas regiones y otras, debido a que la educación académica está especializada a grupos más o menos selectos y debido a las ambiciones y rivalidades regionales, podemos explicarnos por qué las manifestaciones culturales apenas si conectan muy someramente a la sociedad "latina", a pesar de toda su unidad lingüística y de las muchas manifestaciones de suprema calidad artística y literaria. El rasgo extraordinario de la sociedad hispanoamericana es, sin embargo, que la minoría bien educada compite fácilmente con sus iguales de Angloamérica, y esta minoría moldea las directrices culturales del Sur, aunque está rodeada por una elevada proporción de masas de poca o ninguna educación.

En Angloamérica, donde prácticamente todo el mundo sabe leer y escribir, el nivel educativo un tanto laxo a causa de la "proletarización" de las ideas culturales, está a menudo carente de valores estéticos, pero, eso sí, entusiásticamente orientado hacia fines prácticos. El refinamiento de gusto y de la mente, en el auténtico sentido cultural, es relativamente escaso. Debido a las condiciones existentes, las directrices culturales con frecuencia están adaptadas y diseñadas a ciertas capacidades medias y al gusto popular. Por eso, no expresan necesariamente el pensar intelectual de la élite, que queda confinada a inconformistas aislados y a contadas lumbreras. Entre ellos, desde luego, no faltan especialistas de renombre internacional galardonándoseles a ellos con los codiciados premios Nobel.

Sin embargo, en ambas Américas existen diferentes actitudes, en lo que respecta al acercamiento general y cuestiones intelectuales.

La idiosincrasia hispanoamericana, posiblemente por su dogmatismo religioso de herencia ibérica, exclusivamente cultural, y absolutismo recio en tradición política y prácticas revolucionarias, presenta una tendencia doctrinal *sui generis* matizada por un dogmatismo intelectual. Es una especie de idealismo motivado por consideraciones espirituales y por una trayectoria metafísica en búsqueda de perfeccionismo cultural y goce estético dentro del ámbito de las aspiraciones de "élite". Este idealismo existe, aparte de las disparidades sociales y culturales, en la mayor parte de Hispanoamérica, y parece tener por misión el satisfacer las aspiraciones de grupos pequeños y selectos a través de una exclusividad esotérica.

Tal actitud egocéntrica y frecuentemente emocional provoca polémicas y controversias intelectuales en las cuales la explosividad hispana es el terreno ideal para el más desenfrenado individualismo. Sin embargo, entre estos cultos grupos minoritarios, a veces, aparece una ideología universal interesante y un sentido de misión profética, ya que no apocalíptica, del destino racial. Su aparición en el horizonte nacional tal vez está justificada por una combinación de orgullo étnico y ambición que, sin embargo, frecuentemente parece relegar los asuntos materiales a segundo puesto ya que no causa un placer estético, sino más bien un substancial fastidio. En un sentido general es, pues, un caso de "cultura minoritaria", que hasta hace poco y a paso lento, se ha puesto en ruta hacia la popularización de los valores educativos. Con todo esto,

debido a varias circunstancias, el aprecio de la cultura en Hispanoamérica goza, como lo afirma Arciniegas, de un cierto valor mágico.

El acercamiento angloamericano a asuntos culturales es menos humanístico y más humanitario. Es empírico y pragmático, más por elección que por tradición, y posee un rasgo "igualitario" que se hace extensivo al pensamiento y acción sociales. Este rasgo o sello difiere del exclusivismo feudal británico de los días coloniales, que fue rechazado en forma definitiva, mientras que su concepto de prerrogativas individuales fue afianzándose hasta transformarse en la moderna ideología democrática de los Estados Unidos, tanto en la esfera social como en la cultural. Debido a su tendencia hacia la indagación racional, la mentalidad angloamericana estuvo siempre inclinada a la flexibilidad intelectual. Por consiguiente, la especulación cultural y teológica nunca interfirió con la inventiva y logros tecnológicos y científicos, aunque sea de paso, debido a la desigualdad de su desarrollo algunas veces se evidencian unas vaguedades espirituales.

Estamos presenciando este caso en la actualidad, cuando la falta de equilibrio entre las Humanidades y el acelerado progreso tecnológico-científico, presionado por las miras utilitarias de este último, conduce inevitablemente a algún arreglo peligroso. Y este hecho es principalmente culpable por ese creciente conformismo, que está abatiendo gradualmente lo que una vez fue recio individualismo de los tiempos de los pioneros, sacrificado en aras de la uniformista "buena hermandad" y en las de la convivencia social que impregna casi todos los aspectos de la vida angloamericana. Debido a esto, la popularización de los sistemas docentes al igual que otros planes de mejora cultural, —a pesar de lo que digan las estadísticas actuales— no pueden producir selección intelectual en nuestro empeño humanístico general. Esta situación existe, naturalmente, aparte de todos los brillantes éxitos de nuestro grupo selecto encargado de las tareas tecnológico-científicas, reforzado por eminentes peritos extranjeros. No obstante, el dinamismo y las tendencias universalistas que rezuman los ingredientes de la llamada "Era Americana" nueva, tienen un fortísimo impacto sobre la civilización occidental desde la Primera Guerra Mundial.

Hay también otras características que distinguen las dos Américas en lo que respecta a su actitud hacia los intelectuales. En Hispanoamérica, a pesar de la tremenda diferencia entre la minoría culta y las masas incultas, ambos sectores tributan respeto a eruditos o investigadores, escritores, poetas y artistas, y este respeto existe en todos los estratos sociales, desde los más bajos hasta los más altos. En reconocimiento de sus méritos individuales o nacionales, los intelectuales son distinguidos frecuentemente con puestos educativos, administrativos o diplomáticos. Con frecuencia se les otorgan condecoraciones. Al regresar a su patria después de una temporada en el exterior, se celebran en su honor fiestas tanto oficiales como privadas. Al fallecer, en muchos casos se les organiza luto o funeral en homenaje a su aporte a la vida de la nación. En general hay una cierta admiración y afecto con que la gente hispanoamericana trata a sus intelectuales y esto es cierto sean cuales fueren sus ingresos pecuniarios. Esto no quita que algunos hombres de letras sean víctimas del más lamentable olvido.

En Angloamérica la actitud hacia los intelectuales no se diferencia nada de la que se tiene a otro individuo cualquiera. Aunque algunos de ellos ocupen algunos puestos públicos más o menos notables, ellos, los artistas y eruditos disfrutaban de una admiración y respeto muy limitados y su reputación está confinada a un ámbito cultural determinado. En general, todavía queda hacia ellos una cierta sospecha, que algunas veces raya en menosprecio, que se remonta a los tiempos de los pioneros cuando el brazo para trabajo valía más que las doctrinas. La falta de reconocimiento intelectual de nuestros días, es parcialmente reflejada en la escala de sueldos frecuentemente más elevada para obreros especializados y para mecánicos que para intelectuales. Parece como si en nuestra sociedad sin distingos de clases, el prestigio individual todavía se aquilata por el ingreso monetario personal más que por la aportación intelectual, y por

esa regla de tres los que gozan de óptima popularidad en Angloamérica son: los profesionales que tienen que ver con el progreso técnico y científico, las estrellas de la pantalla, los atletas, los industriales de renombre y algunos predicadores que recorren medio mundo para despertar la fe.

Al pensamiento angloamericano siempre le ha interesado el racionalismo, empirismo y realismo más que el remontarse a las esferas de la especulación metafísica. Esta propensión tal vez sea la que explica la existencia de los conceptos instrumentalistas y pragmáticos que prevalecen sobre los que se hallan en las diversas formas del pensamiento abstracto. Hay una gran dosis de liberalismo al cual se deba la flexibilidad mental angloamericana y el optimismo e incluso la convicción de que hagamos lo que hagamos debe de estar al nivel de nuestras aspiraciones espirituales y materiales. Aparentemente son estos factores los que han estructurado nuestra estabilidad mental, nuestra firmeza de decisión y ese nuestro espíritu de cooperación que conducen al progreso, aunque no eviten a veces los cálculos erróneos. La ideología utilitaria, no excluye, sin embargo, la existencia de un altruismo fuertemente desarrollado en Estados Unidos, testigo del cual son las numerosas actividades filantrópicas llevadas a cabo dentro del país y en el exterior.

El pensamiento hispanoamericano guarda una perfecta armonía entre filosofía metafísica y su idealismo y especulación abstracta. Hace hincapié en lo sobrenatural, incorpóreo, lo espiritual, lo que se escapa a los sentidos y los valores teológicos. Estos esotéricos conceptos conducen a la superimaginativa mente "latina" a un exclusivismo espiritual al cual los problemas materiales no le conciernen demasiado y eso acarrea un descuido, generalmente, de las complejidades de la vida real, aunque se interesa profundamente en cosmogonía. Por otra lado, la formulación dogmática de ideas apoya o favorece las circunstancias que conducen a una crisis intelectual casi permanente y de esta forma enfatiza la tendencia idiosincrásica a la rebelión. Este vigor espiritual parece ser, no obstante, una ventaja en la sumamente especulativa mentalidad hispanoamericana, ya que pone veto al conformismo intelectual, aunque muchas veces sea tildado como reflejo de falta de estabilidad emocional. Haciendo uso de la terminología histórico-sociológica, la civilización hispanoamericana podría clasificarse como una civilización vertical o piramiforme. Esto se debe a su "jerarquización", a su refinamiento intelectual y accesibilidad sólo relativa, que sin duda limita la divulgación cultural, de alto nivel, a sectores humanos relativamente pequeños. Aunque no carece de amplitud, es básicamente una civilización exclusiva. Debido a su estructura social de tremendos contrastes, no le ha sido posible alcanzar la integración cultural a un nivel nacional. Su propensión exclusivista no genera las circunstancias que estimulan la adquisición de conocimientos entre las masas culturalmente olvidadas, en la proporción necesaria para que se opere una transformación interna de Hispanoamérica. A pesar de ello, esta situación está compensada de muchos modos, por una producción intelectual y artística lograda por la siempre ambiciosa minoría. sentiva aunque quijotesca.

No deja de ser peligroso el hacer una generalización idiosincrásica de Hispanoamérica debido a su diferencia étnico-estructural además de sus peculiaridades regionales. Por consiguiente, es necesario indicar que los rasgos anteriormente mencionados observados en la América mestiza, varían en forma considerable en la América meridional. En esta última, el porcentaje nacional de analfabetismo es pequeño, la vida cultural es más intensa y es muy ostensible la sofisticación y el refinamiento urbano en comparación con el primitivismo y la sencillez rural. Esto crea social e intelectualmente una atmósfera muy cosmopolita, que es tan típica de la región del Plata y de Chile. Su situación parece estar íntimamente ligada a la imitación de las bogas europeas en literatura, en arte y hasta en modas, aunque no haga mucho caso de disparidades sociales. Las naciones rioplatenses de Argentina y Uruguay, poseen, sin embargo, en su producción literaria la unidad lingüística con la América mestiza y también participan con ella de algunos vicios políticos. En su lucha tratan de conseguir una imagen nacional propia. Debido a la aniquilación de los indios, esos países criollos acabaron con las raíces

indígenas, mientras que el influjo de la migración europea de origen no ibérico, en su mayoría, ocurrido en los últimos cien años, minó gravemente la influencia hispana. Esto causó un notable desarraigo socio-cultural que las naciones rioplatenses están tratando de rellenar con ideologías divergentes, que emanan de un crisol etno-cultural nuevo de origen básicamente no americano. La civilización rioplatense, debido a su carácter cosmopolita, tiene pues, rasgos diversos, que retrasan la formación de una cultura más definidamente nacional en la Argentina, a pesar de su definida estructura política, como Estado.

La civilización angloamericana puede llamarse una civilización horizontal debido a la popularización de conocimientos y sistema docente para las masas o gran mayoría. Exenta de complejidad tradicionalista y dotada de una inquieta curiosidad mental para todos los aspectos del conocimiento humano, los norteamericanos intentan a menudo absorberlo con más rapidez de la que su "digestión" intelectual se lo permita. Este proceso de absorción entusiasta de fuentes extranjeras y de asimilación de ciertos valores culturales de la población multisingünea de los Estados Unidos, ha producido un "crisol" ideológico con todos sus rasgos diversos y empíricos. Algunos de ellos son genuinos de inspiración. El carácter intrínseco de la civilización angloamericana es, no obstante, extensión popular en lugar de discriminación intelectual. Es una especie de fenómeno polifacético, en el cual los valores humanísticos luchan con las aspiraciones pragmáticas, todos ellos encaminados hacia un progreso general...

Hacienda una digresión de nuestras observaciones, permítanme citar aquí unas opiniones de conocidos pensadores hispanoamericanos sobre las dos grandes civilizaciones americanas, tanto más que ponen en parangón también sus orientaciones culturales. Leopoldo Zea, a través de un análisis histórico-filosófico, llega a la conclusión de que "los sajones son hijos de la Modernidad, y los hispanos de la Edad Media". Jorge Mañach dijo una vez a los norteamericanos lo siguiente: "Ustedes nacieron para la disensión e invención; nosotros, para la tradición y convención. Ustedes poseen una actitud práctica ante la vida; la nuestra es religiosa y estética. Ustedes son más técnicos y nosotros más filosóficos". Héctor Murena, parangonando a los dos grupos, subraya el mal ajuste hispanoamericano hacia el concepto faústico en la transformación cultural con negligencia de las ciencias y técnica y el sobredesarrollo de éstas por los angloamericanos, por lo cual sufren las Humanidades. Mientras tanto, Restrepo Jaramillo observa lo siguiente respecto a la interrelación que existe entre la invención mecánica y el progreso espiritual: "La cultura mecánica en que sobresalen los norteamericanos suele mirarse por los idealistas exagerados como una entidad de menor cuantía; y sin embargo ejerce una influencia capital sobre el destino de un pueblo, sin que de ella se excluyan los más altos valores del espíritu". Parece que dicho escritor colombiano, anticipándose unos veinte años a Jacques Maritain, profetizó el nacimiento en los Estados Unidos de una nueva civilización universal, la cual llamó cultura saxo-americana, mientras que éste la califica como un nuevo Humanismo.

No dejan de ser interesantes datos sobre estas dos civilizaciones lo que nos informen que por razones, en su mayoría idiosincrásicas y religiosas, los mejicanos se enfrentan al apremio y la tensión pasivamente, considerándolo no sólo lo mejor sino también la forma marcada por la virtud de defenderse. Mientras tanto, los angloamericanos se enfrentan a esas presiones desplegando gran actividad puesto que el ocio es una ofensa a su filosofía de la vida, aunque esta forma de actuar no les quita el ser víctimas de hipertensiones, y otras indeseables afecciones físicas. Una relación ha sido, pues, establecida entre hacerle frente a los apremios de la vida y la dicotomía sociocultural, que, en nuestra opinión, está conectada con la salud mental así como con las afecciones cardíacas. Estas enfermedades se hallan con mucha más frecuencia entre los norteamericanos, quienes son menos emotivos, que entre los proverbialmente sensitivos hispanoamericanos. A pesar de posibles contradicciones puede uno aventurarse

a decir que esta situación es el resultado de una benevolencia considerable en algunos de los componentes de la civilización hispánica, caso contrario al de la civilización angloamericana, la cual, en muchos aspectos es mucho más rígida y ejerce más presión social sobre su población integrante.

Del análisis anterior, pueden sacarse algunas conclusiones, que descubren los componentes verdaderos y los valores intrínsecos de estas dos direcciones culturales dirigentes.

Hispanoamérica, fiel a sus tradiciones humanísticas, hace hincapié en el desarrollo de la literatura, bellas artes, música, arquitectura y filosofía, mientras se descuida en intensificar las ciencias y la tecnología, que son menos atrayentes al refinamiento estético o a las especulaciones metafísicas. Al contrario que Angloamérica, puesto que está ligeramente comprometida con el tradicionalismo cultural (el cual está sujeto a drásticas revisiones siempre que conviene a sus propósitos) persistentemente fomenta las ciencias naturales, aplicadas y sociales junto a la tecnología en todas sus ramas. De aquí que las Humanidades, aunque estén incluidas en los programas universitarios, tienen menos importancia en la realidad, en el total sistema docente estadounidense. Como nuestro esfuerzo humanístico nunca ha alcanzado un nivel de competencia en el sentido cultural occidental, se están haciendo ahora serios esfuerzos para vigorizarlo, especialmente en lo que respecta a la enseñanza de lenguas modernas y literatura. Hay también gran esperanza en la mejora posterior de la Fundación de Artes y Humanidades, institución patrocinada por el gobierno y establecida por el decreto legislativo de 1965.

Así pues, ambas tendencias culturales muestran que les falta equilibrio entre los dos reinos del conocimiento humano. Aunque no tratamos de ofrecer ninguna justificación por esta situación anómala, podría encontrarse una explicación histórica en el hecho que las dos civilizaciones del Nuevo Mundo son considerablemente jóvenes, y todavía están en una etapa evolutiva, especialmente si las comparamos con las civilizaciones del continente europeoasiático, que son milenarias.

A pesar de todo lo dicho, emergiendo de dos patrones culturales bien diferentes y dentro de dos ambientes físicos y biológicos bien distintos, las dos nuevas civilizaciones continúan desarrollando con brío incesante sus dos direcciones culturales diferentes, en el Hemisferio Occidental.